

EL SALVADOR, UNA NOVELA SIN NOVELISTAS

Alguien ha afirmado parafraseando a Luis Alberto Sánchez, que "El Salvador es una gran novela, sin novelistas". Y tiene razón. Frente a un hiperdesarrollo de la expresión poética, de un peso más o menos significativo del cuento y de una discreta presencia del ensayo y el teatro, la novela y los novelistas salvadoreños no manan con la cuenta de los dedos. Y es que "novelar", además de los problemas y requisitos de carácter técnico, implica otros que desbordan el ámbito meramente literario para situarse en el terreno de la relación realidad-conciencia.

La realidad de la vida nacional se presenta, ante el posible novelista, con una dimensión fuertemente aguda en lo macrosocial, más que en lo micropersonal, y con caracteres de conflicto. Se presenta, primaria y fundamentalmente, como una petición a la conciencia. Y es en esta petición donde radica el problema.

En tanto realidad que "pide" obliga al novelista a una respuesta y a una respuesta recta y correcta frente a los caracteres mostrados. Le plantea, por tanto, unos matices constitutivos del problema mayor: el matiz de la sensación, el matiz de la interpretación, el matiz de la comunicación y el matiz de la ética.

El novelista debería ser un fiel y eficaz "censador" de la realidad. Su percepción, agudizada por la vocación artística y afinada por el oficio, debería posibilitarle el acceso a los componentes últimos de los procesos de la realidad. Debería posibilitarle la entrada, en su conciencia, de los datos esenciales en los que se asienta el andamiaje total de la vida. Esto es lo que lo haría ser un "perceptor" y un "censa-

dor" diferente. Un testigo distinto de los procesos que se desarrollan ante sus sentidos.

El novelista, enseguida, debería ser un correcto interpretador de la realidad. Su acto de recreación de la realidad, como es el acto estético, debería ser, más que una desfiguración, una configuración de los componentes del fenómeno humano y de su historia. Desde unas categorías teóricas, tomadas de su inmersión profunda y lúcida en el estudio de los diferentes ángulos en que aquéllos se concretizan y manifiestan, el novelista debería estar en la posibilidad de develar lo que la realidad realmente es. No se trata, por supuesto, del mismo carácter de precisión que se exige a la ciencia, el "novelar" es un verbo que se conjuga en el terreno del arte, pero sí una correcta aproximación interpretativa en tanto, para la una y el otro, la realidad es la misma.

Después, el novelista debería ser un claro y eficaz comunicador de sus interpretaciones. Su comunicación será comunicación por la palabra. Es aquí, en el terreno de la comunicación por la palabra, que además es palabra estética, donde, a pesar de haber arrancado de una misma realidad y quizá compartiendo interpretaciones similares, el creador de novela, en tanto artista, establece su identidad diferente respecto al hombre de ciencia. Sin embargo, ello no significa alejamiento, traición o desfiguración de la realidad. Por el contrario, significa configuración expresada en un código diferente. Es aquí también donde el creador de novela es eso: creador y no meramente cronista de los hechos de la realidad o instrumento de la divulgación científica. Si bien los hechos son su materia prima,

es su instrumento de trabajo, el lenguaje escrito y en dimensión estética, el que le posibilita la creación de un producto nuevo: la novela que se constituye en fenómeno artístico.

Finalmente, el cuarto matiz del problema: el matiz ético. El novelista debería tener estructurada una postura ética, es decir, un conjunto de exigencias de sí mismo para con la realidad. Esta postura, resultante de una inserción lúcida y de un compromiso consciente y querido como parte de su experiencia vital, es la que permite al novelista, inserto en la realidad, ser honesto, coherente y correspondiente para con ella. Es la que posibilitaría, también, la dirección y eficacia del contenido de su obra.

Vemos, entonces, que el problema de la realidad en tanto petición a la conciencia es, para el novelista, más complejo que un problema meramente técnico-literario. Y es a partir de esa complejidad de donde deben buscarse las explicaciones para la reducida producción novelística en un espacio social definido. Porque, bien visto el asunto, "novelar" significa: vocación, oficio, estudio, dominio técnico y postura ética. Que la novela se convierta en testimonio, que tenga una dirección concientizadora respecto del receptor, que tenga voluntad de compromiso y de solidaridad política y otras virtudes más que se encuentran y se exigen a la novelística, latinoamericana para el caso, son cuestiones derivadas de la resolución que el creador dé al problema de la petición de conciencia. En este punto debe aclararse que los matices apuntados en torno al problema fundamental no han de verse, ni tomarse, como condiciones de imposición sobre el hecho de "novelar". Es decir, no deben tomarse como imperativos encuadrantes del fenómeno artístico. Deben verse como su base y soporte interior.

Las consideraciones anteriores nos han parecido necesarias para poder afirmar, a estas alturas, que explicar la baja producción novelística en términos puramente circunstanciales (ausencia de motivación editorial, falta de tiempo, etc.) es, a nuestro juicio, un planteamiento superficial e incorrecto de la cuestión y que resulta evidente la necesidad de examinarla a la luz de planteamientos de más fondo.

¿Qué puede, entonces, afirmarse sobre la producción novelística en El Salvador? Más que afirmar

nos interesaría mover la reflexión en torno a unas interrogantes que bordearían lo apuntado al principio de este comentario, la relativa ausencia de noveladores en el país, a pesar de ser él una realidad novelesca: ¿Existen, en los escritores nacionales, condiciones de vocación y de circunstancia que posibiliten el desarrollo del oficio novelístico, al punto de convertir a algunos en testigos de la realidad? ¿Poseen, las vocaciones novelísticas, los elementos teóricos necesarios sobre la persona y la historia como para constituirse en intérpretes de los fenómenos de la realidad? ¿Hay, en las vocaciones novelísticas, una praxis existencial frente a la realidad que, siendo total y totalizante, les permita estructurar una coherente postura ética? ¿Es la relativa ausencia de novelas y novelistas un problema técnico-literario? ¿Es un problema de circunstancias poco posibilitantes o imposibilitantes? ¿Es la potenciación de novelistas un asunto de modificación y apertura de circunstancias o es, primariamente, un problema de asumir la vocación desde un hondo vivir, desde un buceo profundo en las dimensiones de la persona y de la historia, desde una exigencia ética frente a los sucesos de la vida?

La Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", queriendo actuar como potenciadora a nivel de circunstancia posibilitante, convocó al Premio Nacional de Novela UCA EDITORES 1980. El certamen se ha cerrado ya y ha habido una respuesta más o menos aceptable de parte de los escritores salvadoreños. Quizá menos que más, por cuanto el número de participaciones recibidas, sin ser exíguo, no va de acuerdo al número de personas que ejercen el oficio de escritor. Han surgido, por tanto, otras interrogantes: ¿Son todos los concursantes todas las vocaciones novelísticas del país? ¿Existen otras vocaciones a la novela que mantienen irresuelto el problema de la petición a la conciencia?

Un jurado internacional va a decidir el premio único. Cuando eso suceda tendremos un valioso material empírico para evidenciar como el novelista premiado ha dado solución a los matices del problema objeto de este comentario. Tendremos, así mismo, una corte de novelas que, sin haber alcanzado el galardón máximo, quedarán como testimonio de lo que significa "novelar" frente a una realidad que es, en sí y por sí misma, una intensa, hermosa y a veces desgarradora novela.

F.A.E.